

La historia contenida en estas páginas es verídica. Parte de la geografía, sin embargo, no la encontrarás en ningún mapa. He cambiado los nombres de algunas personas y sitios para resguardo de todos, especialmente el mío.



## TESTIGOS

Había visto a la foca coger dos olas. Ahora su cabeza saltaba donde estaba sentado sobre la tabla. Casi me caigo de la sorpresa. «Hola», balbuceé. Parpadeó, impávida y curiosa. *Vaya, pensé, quiere ser mi amiga.* «¿Sí?», fue mi propuesta. No parecía querer conversar. Se volvió hacia el océano abierto, como un surfero que busca un oleaje. Guau. Soñamos con momentos como este. Tenía prioridad con respecto a mí. Me refiero a que, técnicamente, estaba más cerca del pico donde rompen las olas, de modo que la próxima le pertenecía. Pero no hay regla de etiqueta en el surf que diga que haya que rendirse ante un pinnípedo. *Ahí voy, pensé. La próxima ola buena es mía. Puedes coger olas todo el día.*

La foca torció su tersa cabeza y me miró con una condescendencia tan franca y amable que me compungió. *¿Qué diablos haces en mi casa?*, parecía decir. *Eres un pardillo.*

Pardillo significa «surfero principiante». No es un término neutro; tiene un matiz de burla, como una marca para los que no tienen idea, los incorregibles, sin gracia, sin ritmo. Ser un pardillo es ser considerado una especie de aprendiz insufrible. La foca desapareció bajo un remolino de agua verde. Vaya. Siempre la cagaba cuando había alguien mirando. Necesitaba estar un poco a solas.

Monté la tabla y me concentré en el horizonte. Mis ojos, aguzados en el océano, acechaban la sucesión de las olas —sin dudas el oleaje mayor, el más poderoso, ese que llega del Pacífico como un enorme regalo de Navidad—. Una de ellas estaba destinada a llevar mi nombre.

¿Esa? ¿Sí? ¿No? ¡Sí! Giré la tabla y me acosté sobre ella. ¡Venga!

Los surferos, los tipos que de verdad saben surfear, giran la tabla justo debajo de la ola y arrancan. Yo no. Yo necesitaba mucho tiempo de preparación. Comenzaba remando. Acaso mi ola no llegara en un rato, pero tendría mi oportunidad.

La cabeza de la foca volvió a aparecer, a menos de tres metros. Estaba a punto de reventar de alegría. Evidentemente yo le parecía divertidísimo. Se mantuvo medio torcida, sin parpadear, y me siguió con la mirada mientras pasaba a mi derecha sin esfuerzo. ¡Venga, ríete!, pensé. *No serás la primera, voy a coger esta ola.* Sospechaba que a estas alturas pudiera leerme la mente, así que añadí: *presumida.*

Miré por sobre mi hombro. Tío, ahí estaba, el paredón, viniendo deprisa detrás, empinándose, levantándose. Ahora sí. La ola me levantó por la cola y me lanzó hacia delante. ¡Sí! ¡Venga! ¡Venga! ¡Levántate!

En el instante de intentar el movimiento más crucial del surf —de ser un pasajero a ponerse de pie y tomar las riendas— dos ideas me deslumbraron: *Todo es posible. Y: ¿Qué coño hago aquí?*

## LA LLAMADA

Estaba en la mitad de mi vida. Acababa de terminar un libro sobre una peligrosa expedición por la garganta más profunda del Tíbet, un abismo con tigres en la base y picos de una intensidad de siete mil seiscientos metros en la cima. Apegado a la pared del desfiladero, me había deslomado por pasos altos en medio del invierno del Himalaya. Aquellos dos meses de expedición fueron tan extenuantes que cuando regresé a casa dormí dos semanas. Ahora, tras haber terminado un libro al respecto, estaba exhausto pero de un modo diferente. Me sentaba en mi pórtico, en Denver, y observaba a la nieve de la primavera propagarse sobre las montañas del oeste. Tomaba café y oía a los cuervos discutir en el enorme arce que había enfrente. A veces, la nota simple y alta del chillido de un córvido solitario quedaba flotando en el aire y me parecía una pregunta lanzada al cielo.

¿Cómo se forja uno la vida?

Yo había hecho Algo Grande. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

¿Tenía que hacer nuevamente Algo Grande? ¿O podía hacer cosas pequeñas durante un tiempo? ¿Bastaba con hilvanar cosas de cualquier tamaño hasta morir? ¿Importaba eso mientras tuviera amigos, familia, una comunidad?

Siempre había buscado consuelo y significado en los sitios agrestes. Me encantaba explorar ríos en piragua, lo que es una práctica muy versátil, y había encontrado la forma de escribir sobre estos viajes, ganarme la vida y seguir adelante. Pero cada vez más, donde quiera que viajase, notaba que estábamos deteriorando estos sitios lo más rápido posible. Me ponía de los nervios. A veces imaginaba a Dios echándonos Su Silbido y diciéndonos: *¡Todo el mundo fuera del lago! ¡Os confié este paraíso y fijáos lo que habéis hecho!*

¿Y qué hay del amor? Me refiero al amor romántico. ¿No debía ayudar a definirlo todo? No me había ido tan bien en esa categoría. Había amado profundamente a varias mujeres, pero siempre estaba viajando y cuando regresaba tenía las horas contadas y nunca llegaba a comprometerme enteramente. Yo era un blanco móvil. Abusaba de la paciencia de mis amantes hasta el límite y luego me afligía cuando se marchaban. Era un tonto. Ahora estaba con una mujer verdaderamente adorable que se llamaba Kim, pero el viaje al Tíbet y mi incapacidad para prometer cualquier cosa había creado una tensión entre nosotros, y todo parecía estar en el aire.

Pensaba en que acaso mi trabajo aquí fuera tan solo prestar atención. Eso me gustaba. Muy simple. Pero luego no sabía a qué prestarle atención. ¿Basta con escuchar a otros que están tan perdidos como yo? ¿O al viento, que se cuele por los árboles con un lenguaje que no logro descifrar? ¿O a esos cuervos, que parecen parlanchines pero incansables?

En este punto de la vida, Dante conoció a Virgilio y juntos pasaron unas largas vacaciones en el infierno. Era la madre de todas las crisis de mediana edad. Fue entonces que recibí una llamada de Huntington Beach, la ciudad del surf de los Estados Unidos.

## LOS MUCHACHOS

La llamada venía de la esposa de un amigo. Andy había sido uno de mis colegas más íntimos desde la universidad. Había crecido en los bajos fondos de Cadem, Carolina del Sur. Su padre había muerto muy joven y su madre tuvo que hacer todo el trabajo de mecánica en su vieja furgoneta. En la universidad, Andy pasó los exámenes de ingreso a la facultad de derecho y obtuvo una nota tan alta que acabó recibiendo una beca para ir a Columbia. En realidad no quería ser abogado, pero la oferta era demasiado buena para ser rechazada, de modo que se marchó. Le fue muy

bien en la facultad, pese a no estudiar mucho, y pasó por una serie de trabajos en bufetes privados en los que nunca encajó. Finalmente recaló en el departamento legal de una compañía manufacturera gigante, donde comenzó a progresar. Se mudó con su familia a una vieja casa en una calle arbolada de una ciudad del medioeste, se puso más cómodo que nunca, y de inmediato fue trasladado a Orange County, California.

Cuando su esposa me llamó, parecía desesperada. Me dijo que Andy estaba pasando un año difícil. Le habían enviado a poner en orden el departamento legal de una filial, y decididamente carecía de disciplina. Cuando tuvo que poner a capítulo a un abogado imprudente, su inclinación natural fue echarle una larga parábola sobre la pesca de la lubina. Odiaba el conflicto constante del trabajo y no estaba durmiendo. Tenía unas vacaciones por delante, siempre había querido aprender a surfear, ¿quería ir yo allí y aprender con él?

Definitivamente sí. Había visto las películas de Gidget y *Verano sin fin*. Reservé un billete y a principios de abril volé al Aeropuerto John Wayne, en Orange County, California.

Cuando Andy me recogió, llevaba una camisa hawaiana con tablas de surf por todas partes. Condujimos con las ventanillas bajas. Yo estaba emocionado, él estaba emocionado. Íbamos a ser los muchachos, a vivir una aventura. Lo primero que teníamos que hacer era conseguir una tabla de surf para mí.

Mi primera tabla de surf fue una tabla huevo; ese es el nombre que lleva una tabla de diseño clásico. Son ideales para principiantes porque generalmente son maleables. La mía no era atractiva. Ni larga ni corta, medía unos dos metros y medio, y era ovalada como una fuente. No tenía cantos rectos ni curvas particularmente definidas. No era ni ligera ni estable. El *shaper* que la hizo debió de haber sido un genio, puesto que casi es imposible hacer una tabla de surf que *no tenga* todas las cualidades deseadas. No sirvió para nada en realidad, salvo para que arrancase mi carrera de surfero.

Era una tabla vieja, de segunda mano, decorada con pequeñas vides: un garabato pintado a mano de una planta que jamás existió sobre la tierra. La mayoría de los dibujos de las tablas de surf se colocan debajo de la fibra de vidrio, así la tabla es suave al tacto: no importa lo exuberante o violento de la imagen o el color, cierras los ojos y pasas la mano sobre la superficie de la tabla como si se tratara de un hueso pulido. No así con una tabla huevo. La mía estaba pintada a los brochazos sobre la cubierta de gel: el tributo de su primer dueño a su tabla huevo más modesta, o tal vez un intento por embellecerla luego de haber surfado como un demonio.

Creo que Skip, de Board and Bean, se habría sentido mal si me hubiera cobrado una semana por la tabla. Regentaba la última chabola de surf auténtica de Huntington Beach, en parte tienda de tablas, en parte café, en parte sala de apuestas (creo yo), en parte otras cosas. Quedaba sobre la carretera del Pacífico junto a un puñado de palmeras cutres, y llamó mi atención cuando pasamos en coche con Andy. Había un exhibidor con viejas tablas de colores brillantes detrás de un cartel que ponía REBAJAS.

—Nah, llévatela —dijo Skip pasándome la tabla huevo—. Y ponme en un artículo, ¿vale? Oye, ¿qué talla eres? Necesitarás esto.

Me lanzó un traje de neopreno naranja, de cuerpo entero. Llevaba una camiseta sin mangas y sus brazos parecían yunques.

—¿Tienes un invento?

Dije que no con la cabeza. En la tienda se oía el murmullo mortecino de dos televisores. Skip echó un vistazo al que estaba montado sobre el pasillo que conducía a la sala de tablas nuevas.

—Putos Dodgers. Como si uno quisiera ver *Los Simpson*... ¿pillas lo que digo, Domino?

¿*Domino*? Nunca antes me habían llamado así. Me gustó.

—Toma. —Descolgó una cuerda de una pinza. La cogí. Hubo algo en mi mirada que le hizo gracia mientras me la pasaba y que apenó a sus irritados ojos azules. Se levantó la gorra de camiónero y su pelo rubio teñido se volcó sobre sus hombros. En la



visera de la gorra había un par de chicas desnudas sobre un guardabarros.

—¿No sabes cómo ponértelo, verdad? Tío, eres un *pardillo*. Mira.

Desdobló aquel cable plástico de dos metros y medio, abrió el cierre de velcro y lo sujetó al lazo de la cola de la tabla.

—Oye, necesitas cera. ¿Tienes cera? —Me lanzó dos bloques pequeños.

—Usa la tabla una semana. Cuando te decidas a tener la tuya, habrá una para ti. Eso sí, Domino, nada de tarjeta, solo efectivo. ¿Vale?

Esperaba que me decidiera pronto; esa semana había algunos juegos de los Lakers que no quería perderse.

Es una sensación que siempre recordaré: salir de la tienda con mi primera tabla de surf bajo el brazo. Era genial. Apuesto a que la gente que pasaba en coche por la carretera pensaba que yo era un auténtico surfero. Me sentía como un auténtico surfero. Tenía una tabla, cera, un traje de neopreno. Todo el Océano Pacífico ante mis ojos.

## UNA NOTA SOBRE LA CERA

Una tabla de surf moderna y común está hecha de una gomaespuma liviana, rígida, porosa, diseñada según se requiera y con el arte que requiera, y revestida por capas de fibra de vidrio. El resultado es una plataforma tan lisa como un hueso, resbaladiza cuando está mojada. Los primeros surfers de los Estados Unidos y Australia enceraban sus tablas con parafina para que tuvieran agarre. A la hora de la verdad, las gotitas de cera endurecida no se adherían muy bien. Varias compañías en ambos países hicieron la prueba de ablandar la cera y promocionarla entre los surfers, pero en 1972 dos grupos barrieron con el mundo del surf: Mr. Zog's Sex Wax y Wax Research. La Sex Wax venía en bloques redondos, un poco más grandes que un disco de hockey. Un viejo

surfero me contó que se debía a que la primera producción fue envasada en latas de atún —con suerte, les añadían perfume—. Antes de una sesión, el surfero aplica la barra sobre el centro de la tabla, allí donde vaya a poner los pies. A veces se enceran los cantos superiores, una zona del ancho de una mano de la cual, cuando remontas y te enfrentas con una ola que rompe delante, te coges para hacer el patito.

Es un nombre genial, Sex Wax. Guay, provocador, adolescente, lo cual da justo en el corazón de la cultura del surf. El ritual: agachado, *shortboard* sobre la rodilla, encera tu aguzada arma. O la pose profesional, de camino al agua: la tabla ladeada contra la cintura, flexionando una rodilla hacia arriba como apoyo, extendiendo el brazo y encerándola deprisa con la mano libre. Los restos sobrantes de cera te los metes en el bolsillo. O con una *longboard*: acostándola sobre el suelo, te mueves a todo lo largo, alineándola con la cera, frotando y frotando, de cabo a rabo. ¿Hay algo más sexy que el sexo? ¿Es más sexy preparar el falo rígido para el acto o el acto en sí? Aún no me he decidido.

En 1992, Wax Research introdujo *Bultitos Pegajosos*, lo cual se oye como un enfermedad espantosa que acaso te contagies si no te proteges adecuadamente con Sex Wax. Pero es extremadamente popular hasta el día de hoy porque funciona. Viene en pequeños bloques cuadrados con una ranura profunda en la mitad, de modo que puedes partirla en dos y meterte una mitad en el bolsillo de las bermudas. Frota suavemente y se adherirán ligeras capas; frota más, procurando no hacerlo con demasiada firmeza, y *voilà!*, bultitos. Son bastante pegajosos. Acaso ocurra que te levantes, pierdas el ritmo y caigas aplastado, arrastrado hasta las rocas, te golpees los dientes cuando la tabla dé una voltereta, pero no será porque te hayas resbalado.

A veces la cera, especialmente en el Tercer Mundo, es difícil de conseguir. O te la olvidas en el coche o un bloque de \$1,25 es más de lo que puedes permitirte porque no tienes trabajo y acabaste durmiendo en el sofá de tu primo en Huntington y mejor gastarte ese dinero en cerveza. O aquel tipo de Dukes, en el mue-

lle, que no volvió a llamarte para el curro de ayudante de camarero y vives a base de bocatas de mantequilla de cacahuete pero te surfeas la vida, ¿qué fue de ella?, cada mañana al norte del muelle, o el tío del aparcamiento que pasó de ti cuando le dijiste, «oye, chaval, ¿tendrías un poquito de cera?», simplemente se dio la vuelta, y tú ya tienes en realidad casi un año de cera en la tabla, pero con el tiempo se aplanan, se ablandan y se pone grasosa, ¿qué hacer entonces?

Usas un peine para cera.

Mi primer par de bermudas traían algo atado dentro del bolsillo. Si hay algo extraño en comprar bermudas en Huntington Beach es que la mayoría de las veces no te las pones para surfear. El agua, a excepción de un par de meses al año, está demasiado fría para llevar otra cosa que un traje de neopreno. Trajes de neopreno gruesos, de mangas y piernas largas, en invierno; cortos y livianos en verano y primavera. De modo que, a no ser que seas uno de esos chicos que se enorgullecen de los bañadores y se hacen los duros, vas a surfear en traje de neopreno todo el año. ¿Por qué comprar bermudas entonces? ¿Pantalones cortos que se ajustan a la cintura y cuelgan holgados más allá de la rodilla y hacen que parezcas un elfo?

Porque son guay. Y punto. ¿Cuál es tu problema?

El peine para cera es útil porque es otra herramienta, multiuso, que usas para poner a punto tu tabla. Tal como se oye: un peine de plástico, de cinco o siete centímetros de ancho, que frota de un lado a otro sobre la cera de la tabla para darle nuevo agarre. La parte posterior del peine, por lo general, es un cuchillo filoso de plástico, habitualmente recto, que sirve para retirar la cera vieja. Si es de veras sofisticado, uno de los lados de la espátula es curvo hacia dentro para quitar la cera de los cantos redondeados de la tabla. Mi primer par de bermudas fueron unas Quicksilver en tostado y azul, sólidas como una lona pero con una textura suave, casi como de gamuza. Tenían la sorpresa de un peine para cera atado dentro del bolsillo por medio de un cuerda elástica, como un juguete que viniera en un Huevo Kinder. Una

mirada más atenta reveló no solo aquel peine resistente y traslúcido, sino también una llave para quillas. Una llave para quillas es una llave Allen muy pequeña para ajustar los tornillos de las quillas desmontables de la cola de la tabla. ¿Hay algo más guay que eso? No solo tienes pantalones cortos a la moda, sino también un peine, una espátula, una llave para quillas. Con la tabla y una ola, tienes todo lo necesario.

## LA PRIMERA EMBESTIDA

Desde Board and Bean, Andy y yo condujimos unas calles hacia el sur, hasta el aparcamiento del muelle de Huntington Beach. Este muelle, según Nathan Myers, mi contacto en la revista *Surfing*, ha originado y arruinado más carreras en el surf que cualquier otro sitio en la tierra. Era alto; los pesados pilotes alzaban la plataforma a unos seis metros sobre el agua. Las olas estallaban blancas contra los postes, como una avalancha. Sobre el barandal, un grupo de pescadores arrojaba sus líneas mar adentro, más allá de la rompiente. Sobre la arena algunas toallas, otros tomaban el sol, no muchos. Era un lunes de abril.

Con dificultad bajamos las tablas del portaequipajes de la furgoneta de Andy. Estiramos nuestros trajes, nos ayudamos a cerrarlos por la espalda, acostamos las tablas sobre el pavimento del aparcamiento y las enceramos, sin saber cómo, solo las frotamos duramente, las embadurnamos. Eso ya fue divertido. Ninguno de los dos había usado jamás una tabla de surf antes. Inteligente hubiese sido tomar clases, pero ambos habíamos aprendido a practicar piragüismo por nuestra cuenta en la universidad, recogiendo consejos de amigos al voleo, y pensamos que el surf sería mucho menos complicado. Digo, no había hidráulica, remanso, líneas de remolinos, coladeras, olas estacionarias, líneas de flotación o meandros. Solo olas. Nos quedamos perplejos ante la claridad del agua y escudriñamos las olas. Eran casi tan altas como un búfalo de agua. Junto a los pilotes había un puñado de surfers.

—Oye —dijo Andy—. Quedémonos lejos de esos chavales.

Para nosotros, todos los surferos eran chavales, término que nos dimos cuenta más tarde estaba pasado de moda desde hacía una década. Respiramos profundamente.

—Procura no ahogarte.

—Vale.

Corrimos hacia el agua por el costado sur del muelle. Antes de tener un plan yo ya estaba con el agua por las rodillas, bañado por una ola pesada; lo único que sabía era que ahora iba a surfear. Había practicado *body surf* a lo largo de toda mi infancia. Entendía que te ponías en posición, te plantabas de cara a la playa y, cuando llegaba una ola, remabas hasta que te levantara. Luego imaginaba que te ponías de pie. Sencillo.

Anduve hasta que el agua me llegó a la cintura, luego empujé la tabla sobre la espuma irrupiente y me monté de barriga. La espuma me volteó hacia un costado y me aplastó. Vale, no hay problema. Seguí mar adentro, esperé a que pasara la ola siguiente, luego salté sobre la tabla, abrí bien las piernas para coger estabilidad y remé como un tonto. Exactamente como un tonto. Los brazos como molinos, chapoteando a lo loco.

Puf. De algún modo pude pasar la primera rompiente y llegar a aguas más calmas. Andy ya estaba allí. El primer triunfo. Observé el grupete de *shortboarders*, cerca del muelle, más jóvenes que nosotros, y me di cuenta de que debían de saber algo que nosotros no.

—Venga, Andy, ¡las olas están allá!

—¡No vayas allá!

—¿Por qué no? ¡Venga!

Remé hacia donde estaban, pero no demasiado cerca, porque no quería interferir. Estaban montados sobre tablas pequeñas, tan pequeñas que apenas flotaban. Yo podía hacer eso, alinearme ahí como un profesional.

Me arrastré sobre mi tabla huevo y me senté sobre ella a horcajadas, me tambaleé y di un vuelco. Ups, joder con estas baratas.

Salí a flote y parpadeé hasta quitarme el agua de los ojos. Nadie me había visto. Los surferos no me prestaban ninguna atención. Miraban el mar, apaciblemente, o hablaban entre sí. Puf. Decidí tumbarme un poquito sobre la tabla y esperar mi ola. Llegó como llegan las olas, en pocos segundos. La monté y nadé.

Allí estaba la pared. Remé como un lunático, me levantó, corcoveé, pegué un grito, me puse de pie, todo en más o menos una fracción de segundo. Me lancé hacia delante, volé por el aire, luego la espuma. La ola me hundió hasta el fondo. Moví brazos y piernas buscando la luz del sol y me golpeé la cabeza con la parte de abajo de mi tabla huevo. Cuando finalmente salí del agua y respiré, había un chico de pelo largo a un metro y medio que me gritaba. Veinteañero. Tenía un tatuaje de una serpiente en el cuello y justo allí la serpiente negociaba con unos tendones protuberantes como cuerdas, las arterias palpitantes. Los ojos desorbitados. *Venga, hombre, cálmate.*

—¡Puto PARDILLO de los cojones! ¡Lárgate de aquí, joder!

—¿Qué? Estaba lejos de tu...

—¡Joder! ¡Que te largues, coño! —Me dijo adiós con la mano—. Vete. ¡Si vuelvo a verte aquí, te voy a meter una hostia!

Sacudió la cabeza, hastiado, y remó alejándose. Mientras se marchaba, noté lo rápido que se movía sobre la tabla, cómo remaba hacia delante con la espalda arqueada, el pecho despegado de la superficie de la tabla y las piernas bien sujetas. Era un idiota, pero ciertamente se veía competente.

Ofendido, remé deprisa hacia Andy, que ya estaba bien al sur, sentado sobre la tabla, mirando.

—¿Has visto eso?

—Sí.

—¿Qué hice?

—Te pusiste delante. Tranquilo, tío. Te metiste en su territorio. Pensé que iba a matarte.

—Yo también.

—Ten cuidado. Creí que era el fin de los días de mi colega.